

Por la autora de *Mil besos tuyos*

Tillie Cole

**MIL
RECUERDOS
TUYOS**

**¿Podrán dos corazones rotos
formar uno solo?**

 **Planeta**

Tillie Cole

MIL
RECUERDOS
TUYOS



Alientos perdidos y nubes en movimiento



SAVANNAH
17 AÑOS
BLOSSOM GROVE, GEORGIA

Había exactamente cuarenta y dos grietas en el piso de linóleo. Rob, que dirigía la terapia, estaba hablando, pero lo único que pude escuchar fue el metálico rumor del sistema de calefacción que zumbaba sobre nuestras cabezas. Mi vista estaba desenfocada y apenas percibía los rayos de luz que entraban por las altas ventanas, junto con las difuminadas siluetas de los demás participantes sentados en un círculo alrededor de mí.

—¿Savannah? —Parpadeé para enfocar la vista y voltee la mirada hacia donde estaba Rob. Me estaba sonriendo con un lenguaje corporal abierto, y con ello me demostraba su apoyo. Me moví inquieta en mi asiento. No fui bendecida con el don de la palabra y batallaba para expresar en voz alta los turbulentos sentimientos de mi interior. Estaba mejor a solas. Me extenuaba estar rodeada de personas por demasiado tiempo, y un número excesivo de estas me hacía replegarme hacia mi interior. No era para nada como mi hermana Ida, cuya personalidad era sociable y contagiosa.

Igual que Poppy...

Tragué para disolver el nudo instantáneo que brotó en mi garganta. Habían pasado casi cuatro años. Cuatro largos e insoportables años sin ella, y todavía no podía pensar en su nombre o imaginarme su bonito rostro sin sentir que mi corazón se encogía como una montaña que se venía abajo; sin sentir que la sombra de los implacables dedos de la muerte rodeaban mis pulmones, dejándolos hambrientos de aire.

De inmediato, las sagaces acometidas de la ansiedad empezaron a surgir de las profundidades en las que dormitaban para hundir sus dientes en mis venas y enviar sus torrentes de veneno por todo mi cuerpo hasta dominarme como reticente prisionera.

Las palmas de mis manos se humedecieron y mi respiración se agitó.

—Savannah. —La voz de Rob había cambiado; aunque hizo eco en mis oídos al tiempo que todo alrededor se comprimía en un estrecho vacío, pude discernir su tono preocupado. Al sentir el peso de las miradas de todos los que me rodeaban, salté de mi asiento y corrí hacia la puerta. Mis irregulares pisadas retumbaron en un tamborileo arrítmico mientras seguí el haz de luz del pasillo hasta el exterior. Volé a través de la puerta y aspiré enormes bocanadas del aire invernal de Georgia.

Luces bailarinas invadieron mi campo de visión y a trompicones llegué al árbol que crecía en los jardines del centro terapéutico. Me recargué contra el enorme tronco, pero mis piernas cedieron y caí al endurecido piso. Cerré los ojos y me recargué contra la madera, la corteza irregular me raspó la parte posterior de la cabeza. Me concentré en mi respiración, en tratar de recordar cada una de las lecciones que alguna vez me impartieron acerca de cómo manejar un ataque de ansiedad; pero jamás parecían servir de nada. Siempre era rehén de esas crisis hasta que por fin decidían liberarme.

Estaba absolutamente agotada.

Me puse a temblar durante lo que me pareció una eternidad, mientras mi corazón galopaba y brincaba, hasta que mi garganta

al fin se dignó a ofrecerle a mi cuerpo el oxígeno que tanto ansiaba. Inhalé por la nariz y exhalé por la boca hasta que quedé derrumbada contra el árbol. El aroma del pasto y la tierra se abrieron paso entre la bruma de ansiedad que siempre bloqueaba mis sentidos.

Abrí los ojos y los levanté hacia el brillante cielo azul, miré las blancas nubes que navegaban en las alturas y traté de encontrarles forma. Las miré aparecer y después esfumarse, y me pregunté cómo sería mirarnos desde allá arriba, lo que ellas verían mientras nos miraban a todos amar, perder y desmoronarnos.

Una gota de agua cayó sobre el dorso de mi mano. Bajé la vista, solo para ver que otra gota caía sobre la articulación de mi dedo anular; venían de mis mejillas. El agotamiento se adueñó de mí y consumió toda mi fuerza. Ni siquiera podía levantar las manos para limpiarme las lágrimas, de modo que volví a concentrarme en observar las nubes viajeras y deseé ser como ellas: en movimiento constante, sin tiempo para detenerse a procesar y a pensar.

Pensar abría el espacio para que me resquebrajara.

Ni siquiera me percaté de que alguien se sentó junto a mí hasta que detecté un cambio sutil en el aire que me rodeaba. Las nubes seguían acaparando mi atención.

—¿Otro ataque de ansiedad? —preguntó Rob. Asentí y mi cabello rozó la corteza suelta que apenas se sujetaba a su hogar. Rob apenas tenía cerca de treinta años. Era amable y excepcional en lo que hacía, y había ayudado a incontables personas. A lo largo de los últimos cuatro años fui testigo de múltiples adolescentes que entraban por las puertas del centro y que después lo abandonaban, cambiados, empoderados y una vez más, capaces de funcionar en el mundo.

Yo simplemente estaba destrozada.

No sabía cómo sanar, cómo reintegrarme. La verdad era que, al momento de la muerte de Poppy, toda luz había desaparecido de mi mundo y, desde entonces, me encontraba dando tumbos en una absoluta oscuridad.

Por un momento, Rob se quedó en silencio, pero al fin dijo:

—Necesitamos cambiar de estrategia, Savannah. —Las comisuras de mis labios se levantaron cuando vi la forma de una margarita en las nubes. A Ida le fascinaban las margaritas, eran su flor favorita. Junto a mí, Rob se recargó contra el árbol y compartió el amplio tronco conmigo—. Recibimos algo de financiamiento. —Sus palabras entraron en mis oídos una sílaba a la vez mientras el mundo, de manera dolorosamente lenta, empezaba a reconfigurarse—. Hay un viaje —me dijo y dejó que la información quedara suspendida en el aire entre los dos. Parpadeé y la imagen residual del sol en mi retina empezó a bailar en la oscuridad cuando cerré los ojos con fuerza para evitar su brillo enceguedor.

»Quiero que vayas —afirmó. Me paralicé y después giré la cabeza para verlo de frente. Rob era pelirrojo, tenía el cabello corto, pecas y penetrantes ojos verdes. Era toda una paleta de colores otoñales en dos piernas. También era un sobreviviente. Sería poco decir que lo admiraba. Castigado en su adolescencia por su sexualidad a manos de aquellos que debían amarlo, luchó a través de un infierno para alcanzar la libertad y la felicidad, y ahora se dedicaba a ayudar a otros que también batallaban a su manera.

«Hay un viaje... Quiero que vayas...».

Las palabras demoradas se filtraron al interior de mi cerebro y mi vieja amiga, la ansiedad, empezó a resurgir.

—Un pequeño grupo de personas de todos los Estados Unidos va a tomar un viaje por cinco diferentes países. Es un viaje de sanación. —Volteó la cabeza hacia arriba para mirar las nubes que antes capturaron mi atención—. Son adolescentes que están lidiando con el duelo.

Sacudí la cabeza, de manera más pronunciada con cada segundo que pasaba.

—No puedo —susurré cuando un temor instantáneo se apoderó de mi voz.

La sonrisa de Rob fue compasiva, pero siguió adelante:

—Ya hablé con tus padres, Savannah. Coincidieron en que sería bueno para ti. Ya reservamos tu lugar.

—¡No!

—Ya terminaste la preparatoria y lograste entrar a Harvard. A *Harvard*, Savannah. Es increíble —Rob se detuvo un momento para pensar, pero luego añadió—: eso está en Boston. Muy muy lejos de aquí.

Comprendí el mensaje. Si no podía funcionar aquí en casa, ¿cómo demonios lograría hacerlo en una universidad que se encontraba en otro estado?

Cuando Poppy murió, me hundí en mis estudios. Tenía que ocupar mi mente en todo momento. Fue la manera en que logré no derrumbarme. Siempre fui estudiosa, siempre fui la inteligente. El ratón de biblioteca, la que hablaba de física y de ecuaciones y de estructuras moleculares. Ida era la estridente, la hermana dramática, la chistosa, la que capturaba la atención de todos, en todos los mejores sentidos. Y Poppy... ella fue la soñadora. La creyente, la creativa, la que llevaba música, felicidad inacabable y esperanza dentro de su corazón.

La que hubiera cambiado al mundo.

Después de la muerte de Pops, no podía enfrentar la escuela de nuevo; las miradas de la gente, sus expresiones de tristeza, el reflector que brillaba sobre mí de manera constante y que me distinguía como la chica que vio morir a su hermana mayor. De modo que empecé a estudiar en casa y me gradué de manera anticipada. Harvard me aceptó, hice todo lo necesario para lograrlo. Sin embargo, con mis estudios finalizados, el tiempo que ahora me sobraba se convirtió en mi enemigo. Horas sin nada que hacer en las que revivía el gradual desvanecimiento de Poppy, su lenta muerte frente a nosotros. Minutos sin fin que le dieron a mi ansiedad el espacio necesario para atacarme, para planear sus incursiones como un grupo de mercenarios que jugueteaban con una presa fácil. Día con día, sentía la ausencia de Poppy como una soga que se iba apretando alrededor de mi cuello.

—Sé que puede parecer atemorizante y sé que es algo que no crees que puedas hacer —continuó Rob con voz gentil y alentadora—, pero *puedes* hacerlo, Savannah. Creo en ti. —Sentí que mi labio inferior empezó a temblar cuando lo miré a los ojos—. No me daré por vencido. —Me ofreció una amable sonrisa—. Vamos a ayudarte a superar esto. Vamos a lograr que empieces tus estudios en Harvard este otoño. Y vas a prosperar.

Quería devolverle la sonrisa, mostrarle mi aprecio porque pensaba en mí, por nunca rendirse conmigo, pero mi nerviosismo me lo impidió. Nuevas personas, nuevos lugares, tierras desconocidas: era más que aterrador. Sin embargo, no me quedaban fuerzas para oponerme y, Dios mío, ninguna otra cosa me funcionó. Cuatro largos años de terapia individual y de grupo no habían sido capaces de ponerme de pie, ni de reintegrar lo que estaba roto dentro mí. Estaba demasiado agotada como para discutir, así que volteeé de nuevo hacia el cielo. Una enorme nube flotó encima de nosotros y me quedé quieta.

Se veía como un violonchelo.



Entré a Blossom Grove acompañada de la banda sonora de una sinfonía de aves que cantaba. Sin que importara la época del año, siempre había algo sobrenatural en este sitio. Era como un trozo de cielo colocado aquí en la Tierra, un vistazo de lo celestial, de la paz. O quizá solo fuera el espíritu de quien aquí residía lo que lo hacía tan especial; de quien protegía este lugar que tanto adoraba.

Los árboles estaban desnudos y los capullos aún estaban re-nuentes a mostrarnos su belleza mientras el invierno los mantenía lejos apenas un momento más. Sin embargo, eso no disminuía la belleza de la arboleda. Respiré el aire fresco que silbaba entre las ramas pardas y mis pies me llevaron hasta ese árbol, el que protegía a mi mejor amiga.

La lápida de mármol blanco brillaba como un ángel en la penumbra del atardecer mientras el crepúsculo cubría la tumba con idílicos tonos dorados. POPPY LITCHFIELD podía verse en letras de oro; abajo, estaban grabadas las palabras POR SIEMPRE JAMÁS.

Limpié algunas hojas secas caídas sobre la lápida y me senté frente a ella.

—Hola, Poppy —dije, al tiempo que sentía que mi garganta empezaba a cerrarse. Sabía que, para muchas personas, cuatro años después de la muerte de alguien eran más que tiempo suficiente como para poder encontrar el camino de vuelta a algún tipo de vida. Para seguir adelante como pudieran. Sin embargo, para mí, cuatro años bien podrían haber sido cuatro minutos. Sentía que Poppy nos había dejado apenas ayer; nos dejó a Ida y a mí, a mamá y a papi, y a la tía DeeDee, a Rune. Las heridas que atravesaban mi corazón seguían abiertas y sin sanar.

Esos cuatro años no cambiaron nada. Ese día, se presionó un botón de pausa y no había sido capaz de pulsar el botón de reproducción desde ese momento.

Puse un beso en mis dedos y, después, los apreté contra la lápida. Se sentía cálida bajo mi mano, por el sol que siempre calentaba la arboleda y le dejaba saber al mundo entero que alguien de verdadera belleza residía en este lugar.

Bajé la vista y me percaté de una fotografía colocada cerca de la base de la lápida. Las lágrimas brotaron de inmediato cuando, con asombro, miré la espectacular escena que mostraba. En la fotografía, las luces de la aurora boreal estaban capturadas a la perfección, con sus verdes y azules dispersos sobre un cielo negro salpicado de estrellas.

Rune.

Rune estuvo aquí. Siempre hacía lo mismo. Cada vez que regresaba a casa, pasaba horas junto a la tumba de Poppy, bajo su árbol favorito. Pasaba el día entero hablando con su único amor, con su alma gemela, contándole de su vida en la Universidad de

Nueva York. Sobre las prácticas que logró obtener bajo la tutela de un fotógrafo ganador del premio Pulitzer. Sobre sus viajes alrededor del mundo, sus visitas a países lejanos y sus paisajes, como la aurora boreal, que siempre capturaba en una imagen que después le traía a Poppy para que pudiera verla.

«*Para que no se pierda de ninguna nueva aventura*», solía decirme.

Y también había días en que visitaba a Poppy y yo me quedaba detrás de un árbol cercano, oculta, sin que pudiera verme, y lo escuchaba hablar con ella; momentos en que las lágrimas caían en cascada de mis ojos ante la injusticia del mundo. Porque nosotros perdimos a la estrella más brillante de nuestro firmamento, y Rune, la mitad de su corazón. Hasta donde sabía, jamás había salido con nadie más. En alguna ocasión, me dijo que nunca más sentiría por nadie lo que sintió por Poppy y que, aunque el tiempo que pasaron juntos había sido muy breve, le bastaba para el resto de su vida.

Yo nunca experimenté un amor como el suyo y no estaba segura de que mucha gente lo hiciera. Mientras que Ida buscaba y rezaba por tener un amor como el de Rune y Poppy, yo temía que solo me ocasionara más dolor. ¿Qué pasaría si también perdiera a esa persona? ¿Cómo lograría afrontarlo? No sabía cómo era posible que Rune sobreviviera día con día, no sabía cómo lograba abrir los ojos con cada nuevo amanecer para *respirar*. Nunca se lo pregunté porque jamás tuve el valor.

—Hoy tuve otro ataque —le dije a Poppy después de recargarme en su lápida. Descansé mi cabeza contra el cálido mármol y me cautivó el tranquilizante canto de las aves que siempre la acompañaban. Después de muchos minutos en silencio, saqué el cuaderno de mi bolsa, el que nunca me atreví a abrir. Con el dedo, recorrí las palabras *Para Savannah*, escritas sobre la portada con la letra de Poppy.

Era el cuaderno que me dejó; ese que jamás leí, ni abrí siquiera. No sabía por qué. Tal vez era porque me daba demasiado

miedo leer lo que Poppy tenía que decirme o quizá se debía a que era lo último que me quedaba de ella y, una vez abierto, una vez que terminara de leer cada palabra, se habría marchado de verdad.

Apreté el cuaderno contra mi pecho.

—Me van a mandar lejos, Pops —dije con mi silenciosa voz fuerte en la arboleda casi carente de sonidos—, para tratar de curarme. —Suspiré. La pesadez en mi pecho casi me lastimaba las costillas—. Simplemente no sé cómo dejarte ir.

La verdad era que si Poppy pudiera hablarme, sabía que estaría deshecha por la forma en que su muerte me había paralizado y herido de manera tan irreparable. Y, sin embargo, no podía dejarla atrás. Rob me dijo que el dolor jamás nos abandonaba. Más bien, nos adaptábamos a él, como si fuera una nueva extremidad que teníamos que aprender a utilizar. Dijo que, en cualquier momento, el duelo y el dolor de corazón podían golpearnos y hacernos trizas, pero, con el paso del tiempo, desarrollábamos las herramientas para poder afrontarlo y encontrar una manera de seguir adelante.

Yo seguía esperando que ese día llegara.

Vi el sol crepuscular desaparecer a través de los árboles y la media luna menguante ocupar su lugar. El manto dorado que nos cubría adquirió un color azul plateado al llegar la noche, y me puse de pie.

—Te quiero, Pops —dije y con renuencia atravesé la arboleda hasta la casa. Nuestra casa que, en aquellos días, perdió su latido. Porque Poppy estaba enterrada en una tumba tras de mí. Con diecisiete años por siempre. La edad que yo tenía ahora. Nunca envejecería y nunca brillaría su luz. Nunca podría compartir su música.

Era una obra de la que el mundo se vería privado.